

VIDA Y ÉPOCA DE OAKESHOTT: UNAS MEMORIAS FILOSÓFICAS

Michael Oakeshott (1901-1990) nació en una época en la que la característica principal de la cultura europea era el optimismo sobre el progreso representado por la expansión de la democracia representativa, la autodeterminación nacional, la educación universal y la industrialización. La expectativa generalizada era que esto daría como resultado una libertad y prosperidad universales, a pesar de que algunos críticos radicales del orden prevalente argumentaban que la violencia revolucionaria podría resultar necesaria para lograr dicho fin. Entre tanto, el talante optimista durante la vida de Oakeshott se vio seriamente mermado por el estallido de dos guerras mundiales, el auge del totalitarismo, la difusión de la cultura de masas, la constante expansión de Estados colectivistas dedicados a ejercer el poder para restringir la libertad de sus ciudadanos, en lugar de ampliarlas, y el temor a que la industrialización ejerciera un impacto adverso en el medio ambiente.

No sorprende, por tanto, que a medida que el siglo XX avanzaba, una creciente desilusión sustituyera el optimismo y se instalara entre muchos

Noël O'Sullivan es profesor de Filosofía Política en la Universidad de Hull.
Traducción de Estefanía Pipino.

de los contemporáneos de Oakeshott. Poco después de la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, R. G. Collingwood, un filósofo británico, resumió acertadamente el cambio de humor al escribir que: “Hoy día podemos ser artistas, filósofos, tan religiosos como queramos, pero no podemos ser hombres en absoluto. Somos fragmentos de hombre, y no sabemos cómo tomar las riendas de nuestra vida y cómo empezar a buscar la felicidad que sabemos que no poseemos”¹.

En contraste con el pesimismo de Collingwood y de otros notables contemporáneos, lo que diferenciaba a Oakeshott era que su respuesta a los traumas del siglo XX se basaba en una visión de la naturaleza humana que siempre permaneció fundamentalmente positiva: nunca albergó dudas sobre “cómo tomar las riendas de nuestra vida”, en palabras de Collingwood. El secreto de esta respuesta, que tiene una relevancia continuada, se fundamenta en tres ingredientes: en una modestia cómica que es tanto temperamental como filosófica; en un sentimiento de comprensión por la imperfección humana expresada en una actitud que es a la vez conservadora, liberal y absolutamente libre de censura moral; y en un amor por la libertad como la oportunidad de crear un yo exclusivamente propio, independientemente del dolor que en ocasiones esto pueda causar.

La modestia característica de la personalidad de Oakeshott es evidente, por ejemplo, en el deleite con el que citaba la máxima de Marivaux: “*A mesure que l’humanité se perfectionne l’homme se dégrade*”² [A medida que la humanidad se perfecciona, el hombre se degrada], mientras que el humor con el que contemplaba la vida es evidente en su comentario de que un autor británico al que admiraba se encontraba totalmente en casa en un mundo en el que “las mentes que contemplan el universo... también cojan autobuses, pierdan sus maletas y compren cordones de zapatos”³. El sentido del humor de Oakeshott sobre la condición humana significaba, sobre

¹ **R.G. Collingwood**, *Speculum Mentis or the Map of Knowledge* (Oxford, Clarendon Press: London, 1924), p. 35.

² “The Tower of Babel”, en **Michael Oakeshott**, *Rationalism in Politics* (Liberty Press: Indianapolis, 1991), p. 466.

³ El autor era Logan Pearsall Smith. Véase M. Oakeshott, *The Concept of a Philosophical Jurisprudence*, ed. **Luke O’Sullivan**, p. 74.

todo, que él estaba libre de lo que consideraba el principal vicio de los seres humanos, especialmente en sus aspiraciones intelectuales, una tendencia a tomarse demasiado en serio. Cuando le preguntaron, por ejemplo, si estaba de acuerdo con el filósofo francés Albert Camus, que afirmaba que la existencia es absurda, Oakeshott sonrió y preguntó: –“¿Qué esperaba?”. Dio una respuesta similar cuando le preguntaron si estaba de acuerdo con la descripción de la vida de Martin Heidegger de ser “lanzado a la existencia”. –“Desde luego que sí”, dijo Oakeshott. Cuando un estudiante muy alienado y algo truculento vestido al estilo gótico, de negro de pies a la cabeza, sin olvidar las cadenas, le acorraló tras una copa de más en una fiesta de la facultad y le acusó de evadir sistemáticamente el problema principal de la existencia, Oakeshott le preguntó que qué problema era ese. Cuando el gótico respondió que la desesperación, Oakeshott le miró y dijo: –“creo que te darás cuenta de que te acostumbras a eso”.

No es difícil de encontrar la base intelectual de la modestia de Oakeshott: se trata de un escéptico comprometido con la condicionalidad de todo el conocimiento, incluido el conocimiento filosófico, que fue desarrollado en su primer trabajo importante *Experience and Its Modes* (1933). Lo que resulta notable de este primer trabajo, que sentó las bases de su futura carrera intelectual, es que recurría a la tradición idealista y le daba la vuelta a mucha de la filosofía idealista previa, ya que despojaba a la filosofía de cualquier conexión con la persecución del conocimiento o el significado de la vida, y la confinaba, en su lugar, a la tarea relativamente limitada de la explicación. En este sentido, Oakeshott tenía algo en común con algunos de sus contemporáneos, como Ludwig Wittgenstein y Karl Popper, a pesar de que su lenguaje filosófico era completamente diferente. Es discutible el hecho de que su afinidad con la tradición idealista suponga una deuda significativa con la filosofía alemana. Aunque Oakeshott visitó las universidades de Marburgo y Tubinga antes de publicar *Experience and Its Modes*, su único reconocimiento explícito a la influencia alemana fue una referencia a Hegel. Cuando le preguntaron qué había aprendido de sus visitas a Alemania, Oakeshott dijo que realmente no había entendido a los alemanes hasta que una noche lo llevaron al bosque a sentarse en un círculo y cantar canciones. Dijo que entonces se dio cuenta de que los alemanes querían ser como los pájaros. Sin embargo, también puede ser que estuviera ocultando su rastro.

La condicionalidad del conocimiento, que siempre permaneció como algo fundamental en el pensamiento de Oakeshott, le permitió superar la alienación de la modernidad de los pensadores del siglo XX, que la veían como una historia de la creciente fragmentación de la experiencia. En lugar de esta visión negativa, él en cambio era capaz de recibir la modernidad de forma positiva, como una identificación y esclarecimiento cada vez más sofisticado de lo que llamaba (tomando la terminología de Spinoza) “modalidades de experiencia”, que anteriormente se habían confundido entre sí o habían sido inadecuadamente especificadas⁴.

El esclarecimiento de Oakeshott de, sobre todo, las modalidades científicas y prácticas (que incluían la experiencia moral y política), significaba que su filosofía entraba en conflicto con la tendencia de los humanistas, economistas y psicólogos del siglo XX de aplicar el método de las ciencias naturales al estudio de la sociedad. Él sostenía que debido a que los seres humanos son agentes libres, no pueden entenderse exclusivamente a través de generalizaciones empíricas sobre su conducta para predecir su conducta futura. Sin embargo, no consideraba que todas las ciencias sociales fueran inútiles.

Oakeshott se distanciaba todavía más de los estudios sociales contemporáneos por su afirmación de que para el estudio del hombre se necesita más la comprensión histórica que la científica. En concreto, pocos entendían su afirmación, aparentemente paradójica, de que la explicación histórica no es simplemente un registro de acontecimientos pasados, sino que más bien se trata de una creación imaginativa por parte de los historiadores de un pasado que no fue, y no podría haberlo sido, experimentado por aquellos que vivieron en épocas pasadas. Maquiavelo, por ejemplo, se considera acertadamente como uno de los principales representantes del Renacimiento. Sin embargo, Maquiavelo no podía saber que estaba viviendo en el Renacimiento, ya que el concepto de “Renacimiento” es una invención de los historiadores (en concreto de Jacob Burckhardt).

⁴ Sobre la respuesta positiva de Oakeshott a la modernidad, véase especialmente **Efraim Podolsik**, *In Defence of Modernity: Vision and Philosophy in Michael Oakeshott* (publicación académica: Exeter, 2003).

Aunque el hincapié de Oakeshott en la condicionalidad de todo el conocimiento estaba en consonancia con el lado conservador de su personalidad, no discutió sobre política en *Experience and Its Modes*. El devenir político, de hecho, era algo que en un artículo en *Scrutiny* de 1939 desechaba con desdén. Es por ello que a menudo se piensa que Oakeshott únicamente desarrolló un interés por la política a partir de 1947, año en que se convirtió en el editor del *Cambridge Journal*. A partir de entonces publicó una serie de artículos políticos hasta que el cierre de la revista en 1954 acabó con su dirección. La publicación póstuma de una colección de artículos suyos, en 1993, en *Religion, Politics, and the Moral Life*, no obstante, demostraron que en realidad su interés había durado toda la vida⁵.

A pesar de que muchos recuerdan a Oakeshott como el filósofo conservador más destacado del siglo XX, el hecho de que limitara la filosofía a la explicación significaba que su conservadurismo nunca pudo asumir la forma de una doctrina filosófica, dedicación perseguida por Burke y sus sucesores, y que Oakeshott descartaba como “racionalismo”, el término usado por él para describir lo que otros denominan ideología. En su libro más conocido, *Rationalism in Politics* (1962), describió el racionalismo como la creencia de que la actividad política tiene más éxito si está guiada por un plan o conjunto de principios premeditados independientemente. Oakeshott desechaba esta visión como lógicamente absurda con el argumento de que los planes o principios supuestamente independientes son, en realidad, meros “compendios abreviados” de prácticas ya existentes que únicamente se pueden entender en el contexto de las prácticas de las que han sido extraídas, y por esa razón no pueden guiar la conducta más allá de sus confines.

El rechazo que Oakeshott sentía hacia la idea de que la teoría pudiese guiar a la práctica significaba que su forma de conservadurismo nunca pudo encajar cómodamente en las simplificaciones ideológicas requeridas por los partidos políticos en su actividad. Es decir, nunca fue un conservador del “*establishment*”. Los intentos de alistarlos entre las filas de los intelectuales de la Nueva Derecha durante el auge de la Sra. Thatcher, por ejemplo, estaban

⁵ M. Oakeshott, *Religion, Politics, and the Moral Life*, ed. T. Fuller (Yale: Yale University Press, 1993).

condenados al fracaso. Aunque a menudo se trataba de catalogarlo, sobre todo con F.A. Hayek, que también había enseñado en la London School of Economics, como un defensor del capitalismo –asistió al menos a un encuentro de la Mont Pelerin Society fundada por Hayek–, Oakeshott rechazó afiliarse porque opinaba que la actitud instrumental que Hayek mostraba hacia la asociación civil la reducía a una forma de promover el progreso, en lugar de otorgar un valor intrínseco a la libertad que hacía posible. También rechazó los intentos de que lo catalogasen con los pensadores libertarios de la Nueva Derecha, como Robert Nozick, porque aducía que tener un Estado mínimo no le preocupaba, sino que fuera un Estado constitucional. En perspectiva, su conservadurismo se aproximaba al de David Hume mucho más que al de Burke o al de sus contemporáneos de la Nueva Derecha, pues siempre se expresó, como en el caso de Hume, como una característica altamente individualista, abierta y antidogmática de su personalidad.

En la medida en que el conservadurismo de Oakeshott tiene un contenido político específico, este no tiene que ver con un compromiso ciego con las tradiciones, los hábitos y las costumbres, ni tampoco con una defensa incondicional del libre mercado o del Estado mínimo, sino que consiste, más bien, en un ideal de asociación civil que obtuvo su mayor desarrollo en su obra maestra, *On Human Conduct* (1976). Como demostraba esa obra, el ideal de asociación civil no puede reducirse a la doctrina de un partido político, mucho menos a proyectos conservadores como la defensa del capitalismo, de un Estado mínimo o de una sociedad orgánica. El núcleo del ideal civil es, en vez de ello, un compromiso con el gobierno constitucional y la política limitada que también puede describirse apropiadamente como un compromiso conservador resultado de una forma no racionalista de liberalismo.

La modestia intelectual que provocó que Oakeshott rechazase tanto la construcción de sistemas filosóficos como las ideologías políticas es particularmente evidente en su preferencia por la conversación como la expresión apropiada del discurso civilizado. “La gente dice que la vida es lo mejor –escribió– pero yo prefiero la conversación”⁶. Un hombre “satisfe-

⁶ M. Oakeshott, *What is History? and other essays*, ed. Luke O’Sullivan, p. 87.

cho con las delicias de la conversación”, decía, no tendrá interés alguno en buscar “conclusiones indiscutibles”⁷. A un hombre así, todos los absolutos le serán extraños. Sin embargo, resulta un poco difícil conciliar el compromiso de Oakeshott con la conversación con su concepto de “modalidades de experiencia”, ya que cada modalidad tiene su propio concepto de explicación o comprensión, expresado en su propia lógica distintiva de investigación. Las modalidades, en otras palabras, tienen perspectivas completamente diferentes e independientes entre sí. Pero si esto es así, resulta complicado entender que vayan a conversar entre sí, en lugar de simplemente hablar sin escucharse las unas a las otras.

La modestia intelectual característica de la concepción filosófica de Oakeshott era igualmente evidente en su vida personal, aunque en este caso a veces podía rayar en el ascetismo, lo que podía hacer que las cosas fueran un poco complicadas para sus amigos. Se puede ilustrar esto con la forma en que en ocasiones acomodaba a sus invitados en su cabaña de Dorset. En el pequeño jardín trasero había un profundo foso, de aproximadamente tres metros de largo por uno de ancho y unos dos metros y medio de profundidad, que antes había sido un tanque de aguas residuales. Una vez que la cabaña fue conectada al sistema de alcantarillado, el objetivo original del tanque dejó de ser necesario. Así, Oakeshott cubrió las paredes del foso con una gruesa capa de cemento y colocó un marco de cristal encima que, desde la distancia, parecía una especie de invernadero para plantar semillas. Completó la transformación del tanque de aguas residuales colocando un trozo de escalera de mano en una pared y apretujando una cama destartada en el fondo. La primera vez que visité la cabaña, Oakeshott me mostró la reforma del tanque de aguas residuales y me preguntó qué se me ocurría para hacerlo más cómodo. Cuando le pregunté que con qué objeto quería hacer cómodo el foso, Oakeshott me dijo que alojaba ahí a sus huéspedes cuando no había sitio en la cabaña. Entonces le sugerí que la única aproximación al confort para los huéspedes que se alojaran ahí sería poner un vaso de agua al lado de la cama junto con alguna obra espiritual edificante como los *Ejercicios Espirituales*, de Ignacio

⁷ M. Oakeshott, *The Concept of a Philosophical Jurisprudence*, ed. Luke O'Sullivan, p. 74.

de Loyola. Oakeshott, que no mostraba conciencia alguna del monaquismo casi medieval que infligía a sus huéspedes menos afortunados, se quedó pensando, pero no respondió.

En lo que concierne a la imperfección humana, Oakeshott consideraba que las debilidades del hombre eran más interesantes que sus virtudes, y que aquellos que no se avergüenzan de admitir estas debilidades merecen nuestra estima⁸. Cualquier insinuación de lo que él consideraba arrogancia, pose o pedantería podía provocar una respuesta cortante. Un ejemplo de ello tuvo lugar en una escuela de fin de semana de la London School of Economics organizada en Cumberland Lodge a principios de 1960. Oakeshott, que había entregado un artículo, era el huésped de honor en una cena presidida por una de las damas de compañía de la reina que a veces se alojaban ahí. La dama de compañía evidentemente sentía que merecía compañía de más alto nivel y no prestaba ninguna atención a los intentos de conversación realizados por aquellos que estaban sentados a la mesa. El único tema que pareció interesarle fue la decadencia de la religión, pues sentía que turbaba al servicio y que hacía la vida moderna imposible. Tras escucharla durante un largo rato en silencio, Oakeshott finalmente se inclinó, atrajo su atención, y dijo: creo que lo que dice es exactamente lo que pensaría una campesina española de finales del siglo XV. Lo dijo con tal mezcla de bondad e indiferencia que la dama no supo si lo dijo como un halago o como un desprecio atroz.

Si Oakeshott podía resultar cortante ante la pedantería, su visión generalmente indulgente de la imperfección humana ayudaba a explicar, en particular, su increíble don para la amistad, a la que asignaba un lugar central en su concepción de los bienes de la humanidad. La amistad, escribió, es una relación dramática y no utilitaria que “subsiste compartiendo mutuamente personalidades”, siendo el amigo “alguien que despierta la imaginación, que enciende la contemplación, que provoca interés, simpatía, placer y lealtad...”⁹. La clave de la amistad, dijo una vez, es la preocupa-

⁸ M. Oakeshott, *The Concept of a Philosophical Jurisprudence*, ed. Luke O’Sullivan, p. 74.

⁹ ‘On being conservative’, en Michael Oakeshott, *Rationalism in Politics* (Liberty Press: Indianapolis, 1991), pp. 416-7.

ción por asegurarse de que ninguno de los dos, ni tú ni tu amigo, se sienta decepcionado en compañía del otro: en otras palabras, la preocupación principal de uno debe ser proteger el orgullo del amigo¹⁰. Consideraba que el orgullo hace que todo sea soportable, aunque también pensaba que Hobbes tenía razón al pensar que el orgullo transformado en mera vanagloria es la fuente principal del desorden social y político.

A la consideración que Oakeshott sentía por la conversación y la amistad como componentes clave de los bienes del hombre, hay que añadir un tercero, el amor. Del amor marital, que Oakeshott experimentó tres veces, dijo nostálgicamente que no pensaba que se le diese demasiado bien. En cuanto al amor en términos más generales, sin embargo, era indudablemente un adepto, al que una vez definió como “una especie de amistad aumentada”¹¹. Aunque Oakeshott escribió poco sobre la filosofía del amor, su concepción de ello se puede deducir de algunos comentarios realizados al ser preguntado por el significado del amor. Como respuesta, dijo que había tres respuestas posibles, inspiradas por tres filosofías del amor diferentes¹². La primera es que decir “estoy enamorado” quiere decir, en realidad, “hasta ahora había estado incompleto. Ahora, habiéndote encontrado, finalmente estoy completo”. La interpretación del amor en términos de sentirse completo, dijo, es lo que caracterizaba la visión platónica en la Antigüedad, y ciertos tipos de filosofía romántica en el mundo moderno. La segunda respuesta es que “estoy enamorado” significa que “hasta ahora mi necesidad de comprensión y afecto estaba insatisfecha. Ahora que te he encontrado, tu podrás satisfacer mi necesidad, y a cambio yo satisfaré tu propia necesidad”. Esta interpretación la identificó con tipos de romanticismo moderno más egotistas, como el de D.H. Lawrence. Finalmente, decir “estoy enamorado” podría querer decir no que estoy completo, ni que mi necesidad esté satisfecha, sino que “el aprecio que siento por tu existencia es profundo”. Oakeshott decía que esta tercera visión, en la que el elemento

¹⁰ Conversación con Noël O'Sullivan.

¹¹ Conversación con Noël O'Sullivan.

¹² Se puede encontrar un desarrollo elocuente de la división tripartita de las filosofías del amor de Oakeshott en **Shirley Robin Letwin**, en un artículo llamado “Romantic Love and Christianity” en *Philosophy*, 52, 1977, pp. 131-145.

estético es fundamental, se veía ilustrada en el concepto de amistad de Montaigne, con el que identificaba su propia visión del amor, y más recientemente, con el libro de Ortega y Gasset *Estudios sobre el amor*. El lugar que Oakeshott asignaba al amor en su concepción de los bienes de la humanidad se veía matizado, no obstante, por el aprecio que sentía por el aforismo de F.H. Bradley: “Para el amor insatisfecho el mundo es un misterio, un misterio que el amor satisfecho parece entender. Este último está equivocado solo porque no podrá sentirse satisfecho si no considera que está en lo correcto”¹³. Quizá se pueda añadir un comentario gnómico realizado por el propio Oakeshott en respuesta a una pregunta acerca de cuál era la diferencia principal entre hombres y mujeres. “Las mujeres –dijo– no están predestinadas”.

A la modestia y aceptación de la imperfección humana, que eran características notables de la personalidad de Oakeshott, hay que añadir su profundo amor por la libertad, que consideraba la precondition para todos los demás bienes. Solo la libertad, creía, puede dar la oportunidad de forjarse un yo exclusivamente propio, incluso si eso significa ir al infierno (para usar un término cristiano que en realidad Oakeshott no suscribía). En este sentido, sentía un afecto especial por la historia medieval que narra el amor de *Aucassin y Nicolette*, donde Aucassin proclama que si su amor por la pagana Nicolette le condena al infierno, entonces eso no será algo malo ya que el infierno es el lugar donde cualquiera mínimamente interesante siempre ha ido¹⁴. De forma similar, cuando una vez le preguntaron si en última instancia él no situaría la salvación por encima de la libertad, Oakeshott sonrió y dijo que la salvación no era una preocupación apropiada de los seres humanos. Cuando le preguntaron por qué, respondió que sería poco digno¹⁵.

Oakeshott recalca que la libertad que él valoraba no es un atributo natural de los seres humanos. Por el contrario, pensaba que se trataba de un logro extremadamente difícil que relativamente pocos individuos o naciones llegaban a conseguir. De los individuos que lo lograron, la mayoría de

¹³ M. Oakeshott, *The Concept of a Philosophical Jurisprudence*, ed. Luke O’Sullivan, p. 75.

¹⁴ Esto fue mencionado por Oakeshott en una conversación que tuve con él.

¹⁵ Conversación con Noël O’Sullivan.

los que admiraba eran hombres, aunque tenía en alta consideración en este aspecto a dos mujeres contemporáneas suyas. Una era Shirley Letwin, a quien dedicó *On Human Conduct*. Lo que Letwin (que era de EE. UU.) tenía en común con Oakeshott era la convicción de que la forma más civilizada de libertad es la que se da en el ideal del caballero inglés¹⁶. La otra era Isak Dinesen, entre cuyos cuentos cortos sentía una admiración especial por “Babette’s Feast”¹⁷ y con quien compartía la idea de que la libertad, en última instancia, está vinculada al orgullo. Sin embargo, la mención de individuos específicos no debería distraer al lector de quizá la característica más llamativa de la concepción de Oakeshott de la libertad, que esta es tan dramática como moral, como muestra la concepción de Oakeshott de la vida como una aventura.

El sentido de aventura de Oakeshott hizo su aparición pronto en su vida. Nació en una familia de clase media con educación y asistió, algo poco común en ese tiempo, a un colegio mixto (St. George’s School, Harpenden) que fomentaba la curiosidad intelectual, la iniciativa individual, la sensibilidad estética y un sentido de responsabilidad social. Aunque no se conoce mucho de este periodo temprano de su vida, un incidente muestra el lado aventurero de su carácter antes mencionado. Poco antes de la Primera Guerra Mundial, cuando tenía once años, Oakeshott trató de alistarse en la Marina Real británica, cosa que entonces se podía hacer con esa edad. Le rechazaron por ser daltónico, algo que lamentó toda su vida. Cuando era incluso más joven, había desarrollado una profunda admiración por Nelson que mantuvo toda su vida, y le gustaba citar el comentario del almirante de que se sentía totalmente en casa cuando estaba en el

¹⁶ Véase **S.R. Letwin**, *Trollope’s Gentleman*.

¹⁷ Oakeshott me dijo que lo que admiraba especialmente de Dinesen es que ella pensaba que todo el mundo, en algún momento de su vida, se enfrenta a la oportunidad de dar significado a su existencia a través del compromiso orgulloso y apasionado con algún proyecto. En “Babette’s Feast”, Dinesen narra la historia de la cena extraordinaria que prepara, cuando es reducida a trabajar como sirviente para cuatro hermanas mayores que no valoran su grandeza interna, al ganar la lotería. Sin embargo, en la práctica, Oakeshott creía que pocas personas consiguen estar a la altura: todos los cuentos de Dinesen tienen que ver con los pocos excepcionales que lo hacen. Sin embargo, Oakeshott compartía la convicción de Dinesen de que debemos tratar a los demás como si fueran capaces de expresar su identidad personal de alguna forma notable, ya que no podemos saber por anticipado quién lo hará y quién no.

mar, y completamente en el mar cuando estaba en tierra. Oakeshott dijo que durante muchos años tuvo la intención de escribir una biografía sobre Nelson, y entre sus libros, los siete volúmenes de cartas y envíos de Nelson publicados en los años cuarenta del siglo XIX, ocupaban una posición especial. No sorprende que, a la vista de su gusto por las aventuras y la estima que sentía por la díscola vida privada de Nelson, uno de los autores modernos favoritos de Oakeshott fuera Cervantes. En *Don Quijote*, que se levantaba, se sacudía el polvo, y ensillaba nuevamente a Rocinante preparado para una nueva aventura cada vez que lo tiraban de su caballo, Oakeshott encontraba un ejemplo de libertad como él la entendía. Cuando Don Quijote murió, le gustaba recordar a Oakeshott, se puso como epitafio en su sepultura un poema corto cuya última línea era: “morir cuerdo y vivir loco”.

Oakeshott siempre recalcó que la libertad que él valoraba era inseparable de la educación liberal, un tipo de educación que él pensaba que cada vez es más difícil de adquirir en las modernas democracias de masas. En una charla que daba cada año a los nuevos estudiantes de la London School of Economics, les explicó en qué consistía una educación universitaria. Esto, dijo, no tiene nada que ver con la adquisición de cualificaciones transferibles y profesionales: se trata de “adquirir lo que al final, en vuestros distantes lechos de muerte, reconoceréis como una de las cosas más valiosas que se pueden tener: una mente y algunos pensamientos propios”¹⁸. En lo que respecta a la libertad política, de las naciones que lograron adquirirla, Oakeshott estaba impresionado por tres en concreto, a saber, los romanos, los vikingos y, sobre todo, los ingleses, en cuya concepción del *common law*¹⁹ observaba “un método vivo de integración social, el método más civilizado y más eficaz inventado nunca por la humanidad”²⁰. Una característica importante de la tradición inglesa era que, a diferencia de los romanos, la libertad individual no estaba subordinada a la libertad política. La vida en Inglaterra permitía, en consecuencia, el libre

¹⁸ M. Oakeshott, *What is History? and other essays*, ed. Luke O’Sullivan, p. 334.

¹⁹ El sistema jurídico anglosajón de derecho común que no se apoya en un ordenamiento positivo, sino en la tradición, las costumbres y la jurisprudencia [N. del T.].

²⁰ M. Oakeshott, *The Concept of a Philosophical Jurisprudence*, ed. Luke O’Sullivan, p. 219.

disfrute de la concepción epicúrea de la vida por la que Oakeshott, en la medida en que esta pueda ser categorizada, sentía una profunda afinidad.

De acuerdo con la tradición epicúrea, el mundo de los honores y la vida pública era lo que Oakeshott más evitaba. En 1981, por ejemplo, rechazó ser nombrado miembro de la Orden de los Compañeros de Honor. En la vida académica, aceptó ser nombrado miembro de la Academia Británica en 1966, pero rechazó los nombramientos como doctor honoris causa, a excepción de los concedidos por las universidades de Durham (Reino Unido) y Colorado (EE. UU.), que aceptó solo por complacer a viejos amigos que enseñaban ahí. Una muestra relevante de la naturaleza predominantemente privada de sus pasiones fue la publicación en 1936 de *A Guide to the Classics or How to Pick the Derby Winner*, un libro escrito junto con un colega, Guy Griffith, especializado en estudios helenísticos. El libro tuvo suficiente éxito como para realizar una segunda edición en 1947.

En 1951, Oakeshott finalmente adquirió un amplio reconocimiento internacional cuando tomó el relevo de Harold Laski en la cátedra de Ciencias Políticas de la London School of Economics. Veintiséis años antes (en 1925) había sido nombrado miembro del Gonville and Caius College, Cambridge, un nombramiento que retuvo toda su vida, aunque en 1949 se fuera de Cambridge y pasara un corto periodo (1949-50) en el Nuffield College, Oxford, antes de trasladarse a la London School of Economics. Su tiempo en Cambridge fue interrumpido por el estallido de la Segunda Guerra Mundial; Oakeshott se alistó en el ejército en 1940, al comenzar la guerra, al principio en las filas combatientes, pero ascendió rápidamente para pasar a ser parte de la unidad “Phantom”, dedicada a la investigación sobre blancos de artillería. Al igual que Hobbes escribiera sobre el ciudadano ideal, Sidney Godolphin, a quien dedicó el *Leviathan*, quizá podría decirse también de Oakeshott que combinaba “claridad de juicio y amplitud de fantasía; fortaleza de razón y elocución graciosa; valor para la guerra y temor para las leyes”²¹. A diferencia de algunos de sus contemporáneos,

²¹ Thomas Hobbes, *Leviathan* (J.M. Dent: London, 1962), p. 386. (p. 482 en la versión en castellano: [http://www.fder.edu.uy/contenido/ideas/pdf/bolilla-3-2012/\(bolilla-3\)-hobbes.pdf](http://www.fder.edu.uy/contenido/ideas/pdf/bolilla-3-2012/(bolilla-3)-hobbes.pdf) [N. del T.]).

como Ernst Jünger, se debe añadir que la participación de Oakeshott en la guerra no le condujo a desarrollar ninguna predilección por las virtudes marciales: su compromiso primordial siempre fue la paz de la asociación civil y la libertad que solo esta permite.

De acuerdo con la concepción de Oakeshott de que la conversación era la forma más civilizada de intercambio intelectual, era el profesor menos didáctico y más cercano para los asistentes a sus clases y seminarios en la LSE, independientemente de su capacidad intelectual (o falta de ella). Nadie se iba sin percibir su visión positiva de la vida, su tolerancia por la imperfección y su amor a la libertad. Tras jubilarse, Oakeshott continuó con sus clases en la LSE y publicó en ese tiempo la obra maestra ya mencionada, *On Human Conduct*. A pesar de que contenía la exploración más rigurosa de los postulados de la asociación civil que se puedan encontrar desde Hobbes, su recibimiento fue más bien frío, quizá en parte porque entre esos postulados no figuraban cuestiones más de moda como los derechos humanos o la justicia civil.

En la conclusión de *On Human Conduct* resuenan las dudas de Tocqueville sobre el futuro de la democracia liberal, cuando Oakeshott identifica la característica principal de la política moderna occidental como una ambigüedad que demasiado a menudo ha sido complacientemente ignorada. Consiste en la posibilidad de interpretar cualquier término político tanto en términos formales y no instrumentales como en términos sustantivos y con un propósito. Ya que esta ambigüedad puede explotarse fácilmente con el fin de destruir la asociación civil por aquellos que afirman ofrecer un tipo de libertad mejor, Oakeshott pudo evitar, en concreto, la ingenuidad de aquellos contemporáneos suyos que calificaban los movimientos totalitarios de entreguerras como una aberración desafortunada carente de raíces en la propia tradición democrática liberal. La ambigüedad de aquella tradición, cuyos defensores democráticos muy a menudo no se han dado cuenta de que la doctrina de la soberanía popular puede usarse tan fácilmente para defender la tiranía populista como para defender la democracia liberal, inevitablemente significa que la asociación civil siempre será una precaria invención humana.

En el último libro que publicó durante su vida: *On History and Other Essays* (1983), los recelos de Oakeshott sobre las perspectivas futuras de la democracia liberal se expresaron en una reformulación melancólica de la historia de la Torre de Babel, que daba la impresión de que su aclaración sobre el ideal de asociación civil podría demostrar que el popular comentario de Hegel era cierto, es decir, “que el ave de Minerva no emprende el vuelo hasta el oscurecer”.

Entre aquellos que han aprendido de Oakeshott, los tres grandes temas de su pensamiento continúan siendo centrales en su trabajo: su insistencia en la condicionalidad de todo el conocimiento, su reivindicación de la historia como una modalidad de experiencia autónoma, y su elaboración de los postulados de la asociación civil. En el funeral en memoria de Oakeshott, su colega, Elie Kedourie, expresó los sentimientos de aquellos que se sentían en deuda con Oakeshott en términos muy emotivos cuando concluyó recordando la descripción realizada por Goethe de lo que había significado para él leer a Kant. “Fue –dijo Goethe– como entrar en una habitación llena de luz”. Para aquellos que hayan podido “disfrutar del soleado y ordenado dominio de la mente de Michael –añadió Kedourie–, esa afortunada experiencia permanecerá con ellos para siempre”.

PALABRAS CLAVE

Valores occidentales • Pensamiento político • Derechos fundamentales y libertades públicas • Conservadurismo • Formas actuales de pensamiento antiliberal • Asociacionismo

RESUMEN

Michael Oakeshott es, sin duda, una de las figuras clave del conservadurismo europeo. Al contrario que otros coetáneos suyos, Oakeshott siempre mantuvo una visión de la naturaleza humana que permaneció fundamentalmente positiva a lo largo de todo su pensamiento. De entre sus obras políticas destaca *On Human Conduct*, en la cual desarrolla su idea de asociacionismo civil.

ABSTRACT

Michael Oakeshott is undoubtedly one of the key figures of European conservatism. Unlike some of his contemporaries, Oakeshott always kept a fundamentally positive vision of human nature throughout all his work. Among his political books, On Human Conduct can be highlighted, which develops the idea of civil associations.

BIBLIOGRAFÍA

- Collingwood, R.G.** (1924):
Speculum Mentis or the Map of Knowledge (Oxford, Clarendon Press: London).
- Griffith, Guy; Oakeshott, Michael** (1936):
A Guide to the Classics, Or, How to Pick the Derby Winner. Faber & Faber. 132 páginas.
- Hobbes, Thomas** [1962]:
Leviathan (J.M. Dent: London).
- Letwin, Shirley Robin** (1982):
Trollope's Gentleman. [N. del E.: *The gentleman in Trollope: individuality and moral conduct*, Macmillan, 303 páginas, parte 2].
- Letwin, Shirley Robin** (1997):
"Romantic Love and Christianity" en *Philosophy*, 52, pp. 131-145.
- Oakeshott, M.** (1962 [1991]):
'The Tower of Babel', *Rationalism in Politics* (Liberty Press: Indianapolis), p. 466.
'On being conservative', *Rationalism in Politics* (Liberty Press: Indianapolis), pp. 416-7.
- Oakeshott, M.** (1975):
On Human Conduct. Clarendon Press.
- Oakeshott, M.** (1983):
On History and Other Essays. Basil Blackwell.
- Oakeshott, M.** [1993]:
Religion, Politics, and the Moral Life, ed. T. Fuller (Yale: Yale University Press).
- Oakeshott, M.** [2004]:
What is History? and other essays, ed. Luke O'Sullivan. Imprint Academic.
- Oakeshott, M.** [2007]:
The Concept of a Philosophical Jurisprudence: Essays and Reviews 1926-51, ed. Luke O'Sullivan. Imprint Academic.
The Concept of a Philosophical Jurisprudence.
- Podoksik, Efraim** (2003):
In Defence of Modernity: Vision and Philosophy in Michael Oakeshott (publicación académica: Exeter).